

Filipenses 1:9-11

Filipenses 1:9-11 Adviento 2 1997

³ Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, ⁴ siempre intercediendo con gozo por todos vosotros en cada oración mía, ⁵ a causa de vuestra participación en el evangelio desde el primer día hasta ahora; ⁶ estando convencido de esto: que el que en vosotros comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús.

⁷ Me es justo sentir esto de todos vosotros, porque os tengo en mi corazón. Tanto en mis prisiones como en la defensa y confirmación del evangelio, sois todos vosotros participantes conmigo de la gracia. ⁸ Pues Dios me es testigo de cómo os añoro a todos vosotros con el profundo amor de Cristo Jesús.

⁹ Y ésta es mi oración: que vuestro amor abunde aun más y más en conocimiento y en todo discernimiento, ¹⁰ para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables en el día de Cristo, ¹¹ llenos del fruto de justicia, fruto que viene por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

El domingo pasado fue el primer domingo de Adviento, el principio de un nuevo año de la iglesia. El adviento es un tiempo de espera. Esperamos que llegue la Navidad, cuando celebraremos el nacimiento de Cristo, su primera venida. Pero también es el tiempo cuando recordamos que esperamos su segunda venida, cuando vendrá en gloria para juzgar a los vivos y a los muertos.

Todos tenemos experiencia con esperar. A veces el tiempo de esperar es desesperante. Queremos que llegue el momento en que el autobús salga para nuestro destino deseado, o esperamos que el médico nos atienda. Lo que más alarga y hace parecer interminable ese tiempo de espera es la inactividad. Si podemos hacer algo, el tiempo va mucho más rápido.

En nuestro esperar como cristianos, no tenemos que estar inactivos. Tenemos mucho que ocupar nuestro tiempo. Aún Pablo, en la cárcel, encontró mucho que hacer. Pero no olvidó el gran destino que le esperaba tanto a él como a los hermanos en Filipos. Usando sus palabras del principio del libro de Filipenses, meditemos en el tema: **Esperando a Jesucristo**. Esperemos con oración, con confianza y con crecimiento.

Esperemos con oración. Pablo escribe a los filipenses hablándoles de las oraciones que hace por ellos. La oración, para Pablo, es una acción constante. "Doy gracias a mi Dios cada vez

que me acuerdo de vosotros, siempre intercediendo con gozo por todos vosotros en cada oración mía”. Cada vez que Pablo recuerda a los filipenses, eleva una oración por ellos a Dios. Esto no lo debemos entender como si muy de vez en cuando Pablo dio un pensamiento a los filipenses, y luego los mencionó a Dios. No, esta es su actividad constante. “Siempre... en cada oración mía”. Pablo ocupará todos los días hasta que él llegue a Cristo o Cristo venga a él, con la oración.

¿Y en qué consiste esta oración? Habla de peticiones. “Siempre intercediendo”. Los filipenses todavía estaban en este mundo. Todavía enfrentaban muchos peligros. Diariamente necesitaban la ayuda del Espíritu Santo. Cada día había el peligro de caer en la indiferencia y apartarse de la palabra de Dios. Cada día su debilidad se manifestaría en pecados que necesitarían perdón. Con todos estos motivos, y muchos más, Pablo en su amor para con los filipenses lleva sus necesidades y peligros al trono de la gracia para pedir a Dios todo lo que necesitaban. Pablo no creía que porque estaba distante unas 700 millas de ellos, y confinado en la cárcel, que no había nada que podía hacer por sus queridos hermanos en Filipos. Diariamente elevaba sus peticiones, sus intercesiones, a Dios por ellos.

Y daba las gracias a Dios por ellos. Vio a cada uno como lo que un ex misionero escribió acerca de los indios apaches a quienes él había servido, que eran “Trofeos de gracia”. Así que siempre, con gozo y gratitud, podía alabar a Dios por lo que él había hecho entre ellos. Pablo no estaba ciego a las faltas que también todavía estaban en la congregación de Filipos, pero esto no impidió que reconociera con suma gratitud la gran obra de la gracia de Dios en sacarlos del mundo que va rumbo a la perdición para hacerlos herederos de la vida eterna.

Así Pablo da gracias a Dios especialmente “a causa de vuestra participación en el evangelio desde el primer día hasta ahora”. La palabra traducida con “participación” es la palabra que también quiere decir comunión, compañerismo. Es una cosa sumamente alentadora para un pastor cuando puede contemplar que la misma gracia que le ha salvado a él de sus pecados y de la condenación eterna también ha rescatado a otros por medio de su predicación. Pablo había visto este fruto unos 10 años antes en Filipos. Pero lo que especialmente le animaba en este tiempo fue que oyó de Epafrodito, un miembro de la congregación que viajó a Roma para ayudarlo, que los filipenses se habían mantenido firmes en la fe. Así que da gracias por la comunión que tienen en el evangelio “desde el primer día hasta ahora”.

Ahora que mi suegra es miembro de la congregación donde primero era pastor, me alegran las noticias de que muchos de los miembros a los cuales serví con el evangelio se mantienen fieles

y activos en la congregación. Al mismo tiempo da tristeza si se oye de algún miembro que se apartó y volvió al mundo. Pablo había recibido las buenas noticias de la constancia de los filipenses, así que tenían un vínculo que los unía a través de los kilómetros, les unía su fe común en el mismo Señor. Esto le motivó diariamente a expresar su gratitud por ellos a Dios por su gracia y misericordia hacia ellos.

Hermanos, sigamos el ejemplo de Pablo aquí. Oremos con constancia y fervor, no solamente por nosotros mismos, sino también por los demás. Barclay, en su comentario sobre estos versículos, recuerda el caso de una enfermera cristiana que usó sus manos para recordarle a orar. Su dedo pulgar era más cercano a ella, y le recordó a orar por los que estaban en la relación más cercana con ella. El segundo dedo fue usado para señalar, así que le recordó orar por sus maestros y otros que le habían señalado el camino. El tercero era el más alto o largo, y le recordó orar por los que eran los líderes. El cuarto dedo era el más débil, y le recordó orar por los que eran débiles y enfermos y adoloridos. Su último dedo era el más pequeño, y le recordó a orar por sí misma, como la menos importante. Hay otros que mantienen una lista de personas y causas por las cuales orar. Es fácil olvidar el privilegio que tenemos en ir al trono de la gracia, no solamente por las necesidades de nosotros mismos, sino también por las de los demás. Hagamos nuestra vida de espera una vida de oración.

Vemos los peligros que nos enfrentan, y los ataques de Satanás, el mundo y la carne también a nuestros hermanos. Sin embargo, Pablo expresa la mayor confianza de que tanto él y los filipenses llegarían a su meta celestial. “Estando convencido de esto: que el que en vosotros comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús”.

¿Cómo puede Pablo estar tan seguro? Obviamente, no puede ser porque piensa que él es tan fuerte que nunca podría caer, ni que los filipenses son alguna clase de super-cristianos que con sus propios recursos van a derrotar al enemigo maligno. Todo lo contrario. “Nuestro valor es nada aquí, con él todo es perdido”, como escribió Lutero en Castillo Fuerte.

Más bien, la confianza de Pablo está en Dios. Llama la salvación “la buena obra”, y señala su mismo principio como la obra de Dios. Los filipenses no habían convertido a ellos mismos. No podían. Estaban muertos en delitos y pecados. Pero Dios los había escogido para ser suyos, les había llamado con el evangelio, con este medio los había llevado a la fe, y les había mantenido en esa fe “desde el primer día hasta ahora”. Así que peligros habría, ataques habría, pero Pablo pudo mantener la seguridad de que llegarían al cielo, porque tan poco como su

conversión fue obra de ellos mismos, tampoco su preservación dependía de sus fuerzas o habilidad, sino del Dios que no hace las cosas a medias. Como Pablo escribe también a los romanos: “Sabemos que a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo; a fin de que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”. Cada persona que ha sido llamado y conducido a la fe, debe también confiar que Dios le llevará a la meta de esa fe, la gozosa reunión con Jesucristo en el día de su venida.

Cristo mismo dio la misma seguridad al decir: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen. Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano”.

Así que, hermanos, que nuestra confianza esté no en nosotros, sino en el Dios que en su gracia nos ha llamado. Así podrá nuestro tiempo de esperar ser un tiempo de confianza, la confianza que permitirá que este tiempo sea también un tiempo de gozo.

Pero a veces algunos creen que, si tenemos tal confianza de que somos los elegidos, y que Dios seguramente nos llevará a la gloria, que esto resultará en cristianos que nada más se sientan y cruzan las manos y que no hagan nada. Pero nada es más lejos de la verdad. La persona que reconoce la condenación de que ha sido rescatada, que reconoce la gracia y generosidad sin par que le ha salvado de ese terrible destino, no puede sino amar a Dios y buscar desde ahora servirle y obedecerle solamente a él. Donde no hay nada de eso, no hay tampoco verdadera fe en el Señor Jesucristo. Pero, aunque existe este amor, siempre hay lugar para más. Así que Pablo en su resumen de nuestra vida de espera ahora revela el contenido de su oración por los filipenses: “Y ésta es mi oración: que vuestro amor abunde aun más y más”.

Nuestro tiempo de espera debe ser un tiempo de crecimiento. Y no hay nada en que necesitamos crecer más que en el amor. Los filipenses tienen amor. Lo han demostrado, enviando donativos a Pablo para ayudar con su obra de evangelización repetidamente, y ahora otra vez cuando estaba en la cárcel en Roma. Habían enviado a uno de sus miembros, Epafrodito, para servir a Pablo y ayudarlo en Roma. Pero el amor es algo de que nunca hay demasiado, así que la petición de Pablo a Dios es que él conceda que los filipenses crezcan más y más en el amor. Y había realmente necesidad para esto. Tiene que recordarles más tarde en la carta a tener la mente que está en Cristo Jesús, a no pensar demasiado alto de sí mismos, sino ofrecerse en humilde

servicio a los demás, como Cristo había hecho al tomar la forma de un siervo y obedecer hasta la muerte, y muerte de cruz. Tenía que pedir que se reconciliaran dos que habían sido fieles colaboradores en la obra del evangelio, pero que ahora tenían alguna riña entre sí. Los problemas son muy similares a los que tenemos en medio de nosotros hoy, de modo que tenemos la misma necesidad de crecer en el amor como los filipenses de aquellos días.

Pero un peligro es que el amor se quede solamente en el nivel de un sentimiento vago, o una reacción emocional del momento que puede hacer más daño que bien. Así que Pablo pide que ese crecimiento sea en conexión con “conocimiento y en todo discernimiento”. El amor a Dios se revelará en amor al prójimo, pero la guía en cuanto a la práctica de ese amor la encontraremos en la palabra de Dios, y la experiencia en aplicar la palabra de Dios nos dará discernimiento. Llegaremos a saber más y más cómo la palabra de Dios se aplica a las situaciones concretas que nos confrontan en esta vida.

“Para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables en el día de Cristo,” sigue Pablo. Cada situación nos presenta con la necesidad de decidir qué acción tomar. La pregunta siempre debe ser, no lo que parece que me convendría, sino qué es lo que Dios quiere que haga aquí. Así dijo Pablo también a los romanos: “No os conforméis a este mundo; más bien, transformaos por la renovación de vuestro entendimiento, de modo que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta”. De este modo tendremos una conciencia limpia, y seremos irreprochables en el día de Jesucristo, como personas que no hemos tropezado, ni dado tropiezo a otros.

De este modo abundarán las buenas obras, los frutos justos que fluyen de la fe en Jesucristo. Así será demostrado que nuestra vida de espera ha sido una vida llevada en conexión con nuestro Redentor, “porque sin mí, nada podéis hacer”. Las obras serán aquellas que agradan a Dios, y será evidente que fueron hechas “por medio de Jesucristo”, no en nuestro propio poder ni para nuestro propio mérito.

Y así, tanto nuestra vida de santificación como nuestra justificación será “para gloria y alabanza de Dios”.

Hermanos, mientras esperamos, no podemos amar demasiado, no podemos tener demasiado conocimiento, y no podemos saber demasiado bien cómo aplicar con amor el conocimiento. Y seguramente no podemos llevar a la práctica demasiado bien nuestro amor, conocimiento y discernimiento. Con Pablo oremos que Dios siga dándonos continuamente este crecimiento en amor y en la práctica de él. Que oremos que tanto nosotros

mismos y nuestros hermanos abundemos más y más en estas cosas. Así, cuando llegue al fin el día esperado, oiremos las benditas palabras: Bien hecho, siervo fiel. Han esperado bien. Ahora reciban la corona que yo les he ganado con mi muerte en la cruz. Vengan, y hereden el reino preparado para ustedes. El banquete está listo. Amén.